



Cecilia Vicuña, **La Wik'uña**. Francisco Zegers Editor, Col. El Verbo Otro. Santiago, 1990, 112 páginas.

Publicada en diversos países americanos, desde Estados Unidos hasta Argentina, Cecilia Vicuña es editada en libro por primera vez en Chile. Impulsadora del grupo la Tribu No en los años sesenta, en este poemario, como en el resto de su obra, expresa una conciencia ecológica que se vuelve grito de alarma, de alerta, de reclamo

Un recorrido entre silencios

cuña, firmó un contrato de edición con la Universidad Católica de Valparaíso para publicar su primer libro, **Sabor a mí**. Silencio absoluto, no se oye, Padre (diría Nicanor Parra), y nunca conocimos esa primera publicación, nunca hecha si bien anunciada en Chile, de Cecilia Vicuña.

Rompiendo fronteras

La censura como sigilo, como discreción absoluta y disimulo: recordemos que en 1972 todavía no existía institucionalmente. Pero, es innegable, a **Sabor a mí** lo encubre, entonces, el *silencio* censor que, después, se hará oficial, y se aplicará por ley militar, y se conocerá en todas sus formas y grados: la censura oficial, la censura general.

En 1972 se condenó al silencio a **Sabor a mí**, sin razones. Nada se dijo, mas la lectura posterior de los textos que formaban ese **Sabor a mí** no deja dudas: debe haberse considerado muy osada alguna de su poesía con rasgos eróticos; irreverentes, también, otros escritos de la joven Cecilia Vicuña que recogía poemas suyos producidos desde sus 18 años. Audaz, erótica, rompedora y arriesgada, en nuestro medio pacato donde, entonces y ahora, siempre alguien se atreve a

seguir juzgando, calificando y decidiendo por los otros, lectores y espectadores, público en general, impedidos de crecer, nosotros, los adultos-niños chilenos.

Sin embargo, la sordera chilena no enmudeció a Cecilia Vicuña. Y en lugares ajenos comenzaron a entretajarse sus distintas obras: un nuevo **Sabor a mí**, muy diferente al inicial, apareció en Londres, en 1973; **Luxumei o el traspie de la doctrina**, de 1983, México; el mismo año, **Precario**, en Nueva York; desde Buenos Aires, 1984, **PALABRARMAS**; **Samara**, Colombia, 1986; y recién ahora, en octubre de 1990, ¡por primera vez en Chile! y desde Chile, la Colección El Verbo Otro de Francisco Zegers Editor, deshace el silencio con **La Wik'uña**.

Escasas han sido las posibilidades de encontrar los libros de Cecilia Vicuña, pero este *silencio* fue quebrantado por muchos por el interés, la atracción y el atractivo de su escritura, esa anterior, de los años 60, ésta, más actual, buscadas y descubiertas en fotocopias, en el libro no devuelto al amigo, en el volumen encontrado por aquí-por allá. También Cecilia nos ha dado a conocer su trabajo, a veces personalmente, rompiendo el *silencio* de la escritura con su voz o haciendo hablar al cuerpo, en alguno de sus rituales.

Ofrendas orales

Y, ahora con **La Wik'uña** Cecilia Vicuña hace *oír* esos poemas breves, escuetos, lacónicos. Ellos exigen una lectura oral, complemento obligado, en este caso y en el de mucha poesía, de nuestra frecuente y acostumbrada lectura *silenciosa*. Y oral puede conjugarse como orar, en muchos de estos poemas concebidos como ofrendas.

La Wik'uña para escucharla, tal como el vocablo indígena transmitido por el nativo de nuestros pueblos americanos originales, cuando el aborigen bebía las palabras desde la boca hermana, palabras que rompían el *silencio* de la naturaleza circundante y sólo se conservaban en el oído atento, por la falta de escritura.

Aquí, en **La Wik'uña**, la palabra del verso corto, del decir voluntariamente abreviado en ese serio reflejo del habla extranjera del indígena cuando un precario e impuesto castellano se pronuncia, a veces, sin verbos; en otras, sin artículos, pleno de neologismos, de derivados, y aliteraciones a la manera de hilvanes fónicos urdidos entre la multitud de voces que duplican rumores, verdaderos *khipus* sonoros donde un nudo importante es la rima.

La rima que por su simpleza queda en el oído, rebota como

el eco, como el reflejo se repite la rima. Como el retumbo de la montaña que insiste en conservar el trote del animal, hecho eco en el lenguaje sincopado y en la rapidez del verso de **La Wik'uña**. La rima, uno de los numerosos reflejos que senderean esta obra: ahora, en la voz, pero por añadidura: en la luz, en las aguas, en la organización del libro, y hasta en su portada.

Ecos variados, reflejos superpuestos, en el reconocimiento, en precusores: María Sabina, don Juan Matus, leyendas quechuas, inkas y guaraníes, Lezama Lima, César Paternosto, pensadores varios de lo andino, **Tao Teh Ching**, José María Arguedás. Y yo vislumbro un reflejo, tal vez *silencioso* de tan presente, yo entreveo un poderoso hilo indo-americano tendido por Gabriela Mistral cuando señalaba: *Bebía yo lo que bebía, / que era su cara con mi cara, / y en un relámpago yo supe / carne de Milla ser mi casta*. Cecilia Vicuña, que ha escrito y mostrado una "Gabriela Andina", prolonga un tejido indio y americano al nutrirse, también, de este *beber* mistraliano.

Reflejan y descubren una identidad esas aguas de **Tala**, mientras a las aguas de **La Wik'uña**, las acecha el peligro de volverse opacas, sucias, contaminadas, inmóviles, *silenciosas*. Más callada estará la naturaleza si desaparecen el colibrí, **La Wik'uña**, el jaguar, el zorro, los bosques, los insectos. Sin coloridos, sin matices, la naturaleza arrasada. Entonces, la conciencia ecológica de Cecilia Vicuña, expresada, con constancia y desde hace mucho, en metáforas espaciales, en escritos, en rituales, no tolera el disimulo ni el *silencio*, y ante la amenaza del fin, ante la inminencia del posible y no tan lejano *silencio* total y absoluto, el final de **La Wik'uña**, se vuelve grito de alarma, de alerta, de reclamo.

Quisiera que mis palabras abran palabras en **La Wik'uña** —como en *Ba Surame*, como en el anterior **PALABRARMAS**—, que desenreden el verso (falsa etimología de *escarmenar*), que descubran senderos, sugerencias. Que no contaminen con ruido ajeno y urbano el silencio de **La Wik'uña**, que despejen sus aguas y reflejos, que espejen sentidos. ■

Soledad Bianchi

Que **La Wik'uña** nos sirva para urdir y escarmenar con silencios.

Primer *silencio* roto por **La Wik'uña**: asomarse por aquí, en Chile y desde Chile, en editorial, para librerías chilenas, después de 18 años. Quebreemos el *silencio* del olvido, ese regalo del tiempo, en este caso, más intencionado que fortuito. Echemos a andar la memoria, que con **La Wik'uña** trota hasta 1972, cuando la autora, la Vicuña, Cecilia, Cecilia Vi-